

mano derecha, casi hasta tocarse sus yemas, y reía, gozoso. ¡Cuánto gozo, qué grandes satisfacciones sentíamos todos, cuando en uno de nosotros advertíamos buenas cualidades o buenas obras! Por eso fué que tú, Ernesto Herrera, desde el momento en que apareciste en nuestras reuniones te apoderaste de todos nosotros y, a la vez, fuiste nuestro. Hoy, recordando todo a través de los años y de la experiencia adquirida, volviendo a ver lo vivido, advierto que lo mejor de tu espíritu, Herrera, lo mejor de tu bondad, de tu bondadoso corazón dolorido, lo recogimos todos nosotros en aquellas noches que eran — que serán para siempre — bellas y esplendorosas fiestas de la juventud!

No teníamos más que entusiasmos, sueños y veros; pero como para verter todo esto, para depositar este caudal, necesitábamos un vaso, fundamos «Bohemia», donde, si es verdad que no escribimos nuestras mejores páginas, es verdad, en cambio, que dejamos los más brillantes momentos de nuestra juventud. Pero tú pusiste más; tú, desposeído, acuciado y mortificado por las privaciones, magnánimo, maravilloso y millonario, entregaste todo lo que pudiste lograr en dinero, diste quince pesos — para ti una fortuna fabulosa —

con los que hicimos el primer número de «Bohemia»! ¡Con el único dinero que logró un bohemio!

A pesar de que todavía eras pequeño, «chiquito así», como decía Lista, ya eras grande, Herrerial! Eras pequeño todavía, eras todavía el muchachito aquel del batallón de don Carlos Travieso, y ya llevabas en el corazón la estrella de un amor romántico, imposible y absurdo, un amor que no tuvo historia, un amor que

«... fué una estrella fugaz  
«que mi vida cruzó como una roja  
«serpentina de luz, y nada más!»

Así empecé a conocerte y así llegué a conocerte: y cuando a través del trementino misterio que nos separa te recuerdo todo entero, siento agrandarse la satisfacción que me produce el haber llegado hasta tu espíritu, el haber penetrado tu talento, el haber sentido bajo mi mano el latido de angustia de tu corazón, Herrera, Herrerial!

Orsoán MORATORIO.

Abril 24.

## L A M U J E R E N C I N T A

Ahí va por la calle la mujer en cinta.  
Si su paso es torpe, su mirada es dulce.  
Va tomando blanda la tierra que pisa.  
Sus caderas tienen ondular de cuna.

Va su cuerpo débil sosteniendo el seno  
que pesa el secreto de todo un destino.  
Ella va soñando... ¡arrullos, sonrisas!  
Ella va soñando y tal vez presente  
el olor rosado de una flor de carne  
que en su carne misma con amor florece.

Ella va soñando... ¡caricias y cantos!  
Ella va soñando, y le pesa menos  
este henchido vientre que su sexo virgen  
y el ramo de azahares que llevó orgullosa  
la noche de bodas.

A su paso lento todo va tomando  
maternal sentido.  
'Todo es tibio y cóncavo como un seno amante.  
Todo le sonríe sin saber por qué.  
De sus ojos nacen azules caminos,  
y ella los elige con tierna avaricia.

Y si a ratos siente que su carne sufre,  
temiendo un más hondo y mudo dolor,  
como si besara sus propias entrañas,  
murmura en un beso, en un grito, en un sueño:  
¡arrórró pedazo de mi corazón!

H U M B E R T O Z A R R I L L I